

ELOGIO DE LA AUTOSUBVERSIÓN



Colección
“Cultura y sociedad” - Enfoques

Luigino Bruni

Elogio de la autosubversión

La revalorización humana
en las organizaciones motivadas por ideales

Título original:
Elogio dell'autosovversione.
La fioritura umana nelle Organizzazioni a Movente Ideale

© 2017, Città Nuova Editrice
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma
www.cittanuova.it

Traducción: *Carlos A. Mana*
Revisión: *Lorena C. Klappenbach, Javier Rubio*
Edición: *Ana Hidalgo*

Diseño gráfico y maquetación:
Antonio Santos

© 2024, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-588-5
Depósito Legal: M-17.994-2024

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Autosubversión, ideales, ideologías

En la fundación de una comunidad hay siempre un punto oscuro, escondido, un inconsciente colectivo que tiene su origen en el inconsciente del fundador y en su necesidad humana de controlar. Si la comunidad está llamada a crecer y desarrollarse, ese punto oscuro debe ser purificado. La crisis es la purificación de ese inconsciente colectivo. La comunidad tendrá que pasar del mito del fundador perfecto a una apropiación más colectiva del mito fundador, purificado de lo que no es esencial.

Jean Vanier, *El mito fundador*

Uno de los ingredientes básicos de las culturas aún no contaminadas de ideología, o las que han sido capaces de resistir o liberarse de ella, es su capacidad de *autosubversión*. La autosubversión es una expresión célebre introducida en las ciencias sociales por el gran economista Otto Albert Hirschman¹. Es la virtud, muy rara, de poner en discusión mis certezas, de no buscar en las cosas que me suceden los elementos que confirman mis ideas, sino los que las refutan

¹ A. O. HIRSCHMAN, *Tendencias autosubversivas*, Fondo de Cultura Económica, México 1996.

o desafían. Es la virtud de quien cree más en la vida que pasa hoy a su lado que en las verdades que ha construido y conquistado ayer.

El pensamiento autosubversivo es útil para todos, pero es esencial para quien ha abrazado una fe, religiosa o laica, y para quien ha respondido a una llamada que le ha prometido una tierra nueva. Ejercitar la autosubversión es la mejor prevención contra la potente tendencia a transformar los ideales en ideología. Pues la ideología, por lo general, es irrefutable, justamente por su tendencia a mostrarnos al final del camino solo lo que habíamos puesto al inicio.

El nacimiento de la ideología es un proceso que se compone por lo menos de dos operaciones. La primera comienza cuando aún tenemos conciencia de que la realidad se presenta ambivalente y que no todo lo que sucede alrededor es coherente con nuestras convicciones. Todavía percibimos un mundo más grande de lo que confirman nuestras tesis, pero empezamos a excluir de nuestro análisis la parte incómoda y disonante. La segunda operación consiste en convencernos de que realmente el mundo está hecho de la parte que nos interesa y confirma nuestras ideas; a fuerza de insistir con el relato de un mundo distinto del verdadero, terminamos por no ver la totalidad de la realidad. Es en ese momento cuando la ideología se convierte en infalsificable, y la evidencia contraria a nuestras ideas ya no es capaz de corregir nuestras convicciones simplemente porque *ya no somos capaces de percibirla*. Como quien pierde progresivamente capacidad de ver los colores por un problema en la vista y en lugar de

buscar un tratamiento adecuado se convence de que el mundo es en blanco y negro. Por esa misma razón, la persona captada por la ideología parece de buena fe y con una extraña sinceridad que confunden sobremanera nuestros juicios, diagnósticos y terapias. La autosubversión es posible solo en la primera fase, cuando aún podemos reconocer las señales del virus que empieza a activarse en el cuerpo.

Una primera señal que advierte de que está a punto de llegar la fiebre es que disminuye el interés por las ideas diversas, y por lo tanto buscamos solo la compañía de quienes piensan igual. Ya no nos gustan las preguntas nuevas, queremos solo las respuestas viejas y seguras. Una segunda señal es que aparece una sensación de persecución. Empiezas a dividir el mundo en dos grupos: uno, pequeñísimo, de los amigos con los que comparto la misma visión, y otro que contiene a todos los demás, que no me comprenden y a quienes percibo como hostiles. Te creas un enemigo imaginario y lo ves por todos lados: en los periódicos, en la televisión, en los vecinos, en Dios (si no coincide con la idea que me he hecho de él). Hasta las buenas personas a las que siempre he apreciado empiezo a ponerlas en discusión y a relativizarlas si dicen cosas que no confirman mi incipiente ideología. De ese modo se va creando, día a día, un *texto sagrado* del que nos hacemos evangelistas y profetas.

La ideología, que es una idolatría sofisticada, es una patología de alcance universal, pero es particularmente común y grave cuando afecta a personas religiosas, porque también Dios y los demás habitantes invisibles del mundo

son utilizados como material para construir el imperio ideológico. Y cuando Dios termina coincidiendo con la idea que tenemos de él, cuando no le permitimos ser distinto de como ha sido definido por nosotros o por nuestros maestros, la ideología es perfecta y sin salida.

Es difícil encontrar auténticas comunidades y personas de fe porque, en la mayoría de los casos, en lugar de fe e ideales, encontramos variantes de las muchas ideologías que pueblan el mundo. La fe y la *ideología de la fe* son dos cosas muy distintas, como lo son los ideales y las ideologías de los ideales. La fe me libera de mis dogmas e ídolos, me plantea interrogantes; la ideología me ata y me consume, me hace esclavo del ídolo y crea muchas respuestas fáciles y falsas. No comienza ninguna vida espiritual verdadera si no somos capaces de librarnos algún día de la ideología de la fe y de los ideales que poco a poco hemos construido.

La fase ideológica es (casi) inevitable, sobre todo dentro de las comunidades espirituales y carismáticas: cuanto más potentes y luminosos sean los carismas, más probable y fuerte será la ideología. En torno a la idea originaria que nos ha *llamado* surgen poco a poco nuevos edificios: primero una carpa, después un templo que custodia el *arca* de la primera alianza, y por último construimos al lado del templo un palacio para nosotros, más grande que el templo construido para Dios, como hizo Salomón (1 R 7, 1). La ideología es el proceso que va de la voz invisible a la construcción del arca; después, del arca a la carpa; luego, al templo y al palacio.

La autosubversión individual y colectiva, esas contadas veces en que tiene lugar, es obra de destrucción, esta vez intencionada, de las muchas construcciones que se han sucedido en torno a la primera promesa, para volver a la gratuidad originaria de la primera palabra. Es un camino hacia atrás, un volver a casa *disminuyendo*, simplificando, deconstruyendo, desmontando los imperios de arena que hemos construido: autosubversión. A veces este camino de vuelta lo realizamos en los últimos meses o días de vida, cuando vemos la caída de nuestro palacio y de nuestro templo, para ser por fin libres de todo y dueños de nada.

El arca, el templo y el palacio surgen progresivamente al servicio del carisma y su comunidad, y cuando empiezan a ser demasiado grandes, por lo general son presentados y justificados como elementos auxiliares y necesarios para el desarrollo de la comunidad. Con el paso del tiempo, y sin llegar a adquirir nunca plena conciencia, las construcciones ideológicas acaban sofocando la primera gratuidad del evento vocacional originario. La ideología primero se aproxima al ideal y lo sostiene, pero muy pronto le quita el sitio, en un proceso que puede durar mucho tiempo, a veces toda la vida, y casi siempre sin retorno. En efecto, resulta muy arduo tomar conciencia de la *secreción ideológica* del ideal originario, porque adopta sus mismas formas; son hijos de los mismos padres, ambos tienen los mismos rasgos, las mismas bellezas, usan las mismas palabras, dicen las mismas oraciones, producen (al principio) los mismos frutos espirituales. En realidad es el mismo don que se convierte

en neurosis y llega a contaminar progresivamente las capacidades críticas del discernimiento individual y colectivo, todos presas de un mismo hechizo.

Pero también puede darse el milagro de la gran bendición, como demuestra la historia, cuando en el culmen de la experiencia de una comunidad ideal convertida en comunidad ideológica –no de modo *intencionado* y tal vez *inevitablemente*²–, alguien sale del hechizo y comprende, o por lo menos intuye, que se ha producido la transformación ideológica.

Hacia fuera y hacia dentro, el final del hechizo se manifiesta como *crisis*, pero en realidad es el punto álgido entre el viejo horizonte estrecho y el nuevo, amplio y terso; es la línea divisoria entre la vieja vida y la nueva. Pero para que la liberación de la ideología sea colectiva es necesario que también se despierten y salgan del hechizo *quienes la generaron*. Un hecho este aun más inusual, porque el hechicero es el primero en ser encantado por el propio hechizo: «El que cava una fosa cae en ella, y al que atraviesa el seto le muerde la serpiente. El que saca piedras se lastima con ellas, y el que corta leña está expuesto al peligro» (*Qo* 10, 8-9).

Sin embargo, a veces incluso el fundador logra liberarse del encanto, pero para que se cumpla la liberación comunitaria de la ideología no basta con que el fundador salga del

² La gran mayoría de los fenómenos ideológicos y las patologías de las que trata este libro no son intencionales, no son buscadas por quien las produce, sino efectos colaterales; por eso es útil hablar de ello, y mucho, para no permanecer cautivos de enfermedades que nadie quiere y que todos odian.

Índice

<i>Autosubversión, ideales, ideologías</i>	5
1. El ideal y las herejías de la idealización	15
2. El delicado arte de reformar	23
3. La verdadera luminosidad de las estrellas	31
4. Esa luz falsa que mata	39
5. El inevitable riesgo de la paternidad.....	47
6. Esa belleza que está ante nosotros	55
7. Los dolores de parto a la vida adulta	63
8. El doble milagro del pan	71
9. La paradoja de la fidelidad	79
10. Eros, philía, ágape	87
11. A resucitar se aprende	95
12. El misterioso contrapunto de los profetas	103
<i>Centinela, ¿cuánto falta?</i>	111